

Los otros

Luis García Montero

GARCÍA MONTERO DEFIENDE LA CONCIENCIA RESPECTO AL OTRO COMO UNA PLURALIDAD AMPARADA POR LA JUSTICIA Y AL LEY.

A lo largo de mi vida he pasado muchas horas caminando por el laberinto de la literatura. Las galerías interminables de los siglos y los géneros nos enseñan lugares previsibles y cosas inesperadas, tópicos que se ocultan orgullosos en las sombras y enigmas profundos y humildes que descansan de la curiosidad ajena a la luz del día. Pero todos los caminos conducen, entre el orgullo y la humildad, entre los tópicos y los enigmas, a nuestras propias obsesiones, que se abren en el tiempo, y se convierten en laberinto, y se hacen literatura. Una de mis obsesiones ha sido la relación con los otros que se evidencia en los libros, en los recursos estéticos y en el hecho literario. Vivimos una época que ha renunciado a los espacios públicos. Más que en las bellas banderas y en los contenidos de las protestas, el poder ideológico de la literatura descansa hoy en la defensa íntima del espacio público que supone el hecho literario, un pacto entre autor y lector, una cita a la que acuden dos soledades, dos conciencias, para mantener un diálogo. Obsesionado por el diálogo con los otros, me he preguntado muchas cosas en el laberinto de la creación y de la lectura. Y todas las preguntas conducen a Roma. ¿Por qué se ponen tristes los poetas cuando hablan del amor? ¿Qué miedo social está escondido en los ojos de las mujeres fatales? ¿Por qué mentimos al inventar paraísos o héroes bellos cuando hablamos de paisajes y figuras desconocidas? ¿Por qué caricaturizamos aquello que deberíamos conocer con exactitud? Me pregunto estas cosas, y sigo caminando por un laberinto de pasos perdidos.

1. *Ni una cosa...*

Ama a tu prójimo como a ti mismo. No se trata de una ingenuidad, sino de uno de los mandatos más sádicos de la historia de la humanidad. Basta con tener cierta edad para comprenderlo, con asistir al espectáculo del mundo desde una butaca fría. Un corazón desnudo en el espejo es mal camino para acercarse a los demás. Todo se llena de arrugas o de mentiras. Pretender amar al prójimo como a uno mismo encierra más crueldad que la consideración pesimista del hombre como un lobo para el hombre. Encierra más crueldad incluso que la idea de que el infierno son los otros. Los individuos no suelen tratarse bien a sí mismos, se destruyen, se odian, son incapaces de aplicar de forma metódica la moral saludable del interés, y llevan el amor propio y el egoísmo a una violencia de primera persona del singular, la más violenta entre todas las personas del verbo. Sólo resulta sensata una versión negativa de esta idea, la disciplina de no hacerle a los demás lo que no quisieras que te hiciesen a ti, o la decencia de no poner al otro en un lugar inhabitable para ti mismo.

La poesía contemporánea enseña que para tratar bien a los demás conviene que uno mismo se borre un poco. Un poeta empeñado en llenar los versos de modo abusivo con su propia personalidad no deja hueco para que entre el lector. Jaime Gil de Biedma fue un maestro en este arte de afirmar borrándose. Estar ahí, muy ahí, pero dejando espacio para el otro. Quizá su poesía haya servido tanto a los demás porque supo colocar en su dormitorio espejos crueles para mirarse a sí mismo, con intención de aprender lo que era necesario borrar. Los buenos poemas del siglo XX son ejercicios espirituales laicos. Cuando el poeta se mira a sí mismo, no ve nada bueno. Jaime Gil de Biedma escribió «Contra Jaime Gil de Biedma»:

De qué sirve, quisiera yo saber, cambiar de piso,
dejar atrás un sótano más negro
que mi reputación –y ya es decir–,
poner visillos blancos
y tomar criada,
renunciar a la vida de bohemio,

si vienes luego tú, pelmazo,
embarazoso huésped, memo vestido con mis trajes,
zángano de colmena, inútil, cacaseno,
con tus manos lavadas,
a comer en mi plato y a ensuciar la casa?

¿Conviene amar al prójimo como a nosotros mismos? El personaje de Jaime Gil de Biedma asumió aquí la misma lección moral que el buscón Don Pablos. De nada sirve cambiar de lugar si no puede cambiarse de condición. Claro que Jaime habitaba un mundo muy distinto al de don Francisco de Quevedo. El poeta contemporáneo tiene límites, está obligado a vivir en su propia casa. Por mucho que pretenda el orgullo narcisista, una casa nunca llega a convertirse en un templo. Se trata de una suerte, porque lo verdaderamente grave es mezclar la idea de amar al próximo como a ti mismo con el mandamiento de amarás a Dios sobre todas las cosas. Luis Cernuda se detuvo con rabia en su trabajo y meditó con fortuna en la evolución de su poesía al descubrir que cualquier hombre puede existir sin Dios, pero que ningún Dios existe sin los hombres. Para que existan los dioses parece obligado que los hombres no tengan muy buena opinión de sí mismos, que duden de sus intenciones y de su decencia, que sean proclives a sentirse pecadores. El individuo religioso se maltrata, alberga una pobre imagen de su autonomía moral, de su capacidad de resistencia ante las tentaciones, y necesita una totalidad en la que diluirse.

El moralismo de Quevedo resulta inseparable de un masoquismo autogestionado con mano dura. Sentía un placer muy significativo al degradarse como ser físico y espiritual. Abundan, entre las carcajadas de su obra deslumbrante, algunas confesiones de este jaez: «Yo, miserable gusano, que habiendo pasado tantos siglos antes de mi nacimiento sin ser algo, el haber sido algo y ser tierra y ya ceniza es prodigio para la incapacidad de mi miseria». El desahogo patético de Quevedo pertenece a *La cuna y la sepultura*, título que recoge el matrimonio preferido por los pesimistas del mundo, dispuestos a borrar cualquier geografía intermedia entre la vida y la muerte. Son estos pesimistas los que luego se empeñan en amar a los demás como a ellos mismos. Quevedo

conocía sus cunas, quiero decir sus tradiciones, y necesitaba arrodillarse con humildad ante los peligros del pecado. Podía recitar sin extrañarse estas palabras con las que San Agustín sermoneó a unos obispos reunidos en Cartago: «¿Qué cosa buscas alrededor de ti de la que Él te libre cuando te libra del mal? No vayas más lejos, no apliques en todas direcciones la sagacidad de tu inteligencia. Vuelve a ti mismo, mira dentro de ti mismo: tú eres aún el mal. Así pues, cuando Dios te libra de ti mismo, te libra del mal. Escucha al Apóstol, y aprende de él de qué mal has de ser liberado. Me deleito –dice– en la Ley de Dios, según el hombre interior, pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado, que está... ¿dónde?, me encadena –dice– a la ley del pecado, que está en mis miembros».

Con esa idea que los fieles suelen tener de su propia condición, convendremos en que es una crueldad ordenarles que amen a los demás como se aman a sí mismos. El pecado era concebido en la Edad Media como un proceso de invasión del alma por los impulsos del cuerpo, un proceso de animalización. A partir de ahí, la imagen de los otros como enemigos supone la proyección de la parte animalizada de uno mismo. La observancia flageladora de la autodisciplina se convierte en pasión violenta ante los otros, es decir, ante los que fueron condenados a quedarse al margen de la totalidad litúrgica de lo sagrado. Se mata con lujuria, se ama asesinando. Visto el paisaje desde hoy, la lección debiera ser fácil e inmediata. Mejor que tratar a los demás como al animal que somos, suele dar resultado perder un poco de la propia identidad, borrarlos para borrar al otro, para respetarlo no por lo que es, sino por lo que no es del todo, por lo que no somos del todo, por no ser del todo moros, judíos, cristianos, vascos, andaluces, sino simples ciudadanos, sin legitimación para proyectar una identidad totalitaria e infectada hacia los otros. Sólo una razonable prevención ante las identidades permite el reconocimiento de derechos en uno mismo y en los otros. El camino contrario, ya sea en las formulaciones modernas, ya sea en las descarnadas verdades medievales, conduce a los *Castigos y documentos* del rey Sancho IV de Castilla: «No quieras pecar ni tener gran mestizaje con judía ni mora, porque la judía es de otra ley contraria de la tuya; y la mora es mujer de otra creencia que pretende el daño y la deshonra de la